

PASIÓN
POR EL
COLOR

ALBERTO
CAVAZOS



Alberto Cavazos: Pasión por el color

Monterrey, Nuevo León : Universidad Autónoma de Nuevo León, 2019.

94 pp., ilustraciones a color ; 25 x 25 cm (*Imágenes del tiempo*).

Pintores mexicanos - Nuevo León - Siglo XX

Cavazos Alberto, 1939 - Catálogos

CLC: ND259 .C38

CDD: 759.972 .C38

Rogelio G. Garza Rivera

Rector

Santos Guzmán López

Secretario General

Celso José Garza Acuña

Secretario de Extensión y Cultura

Antonio Ramos Revillas

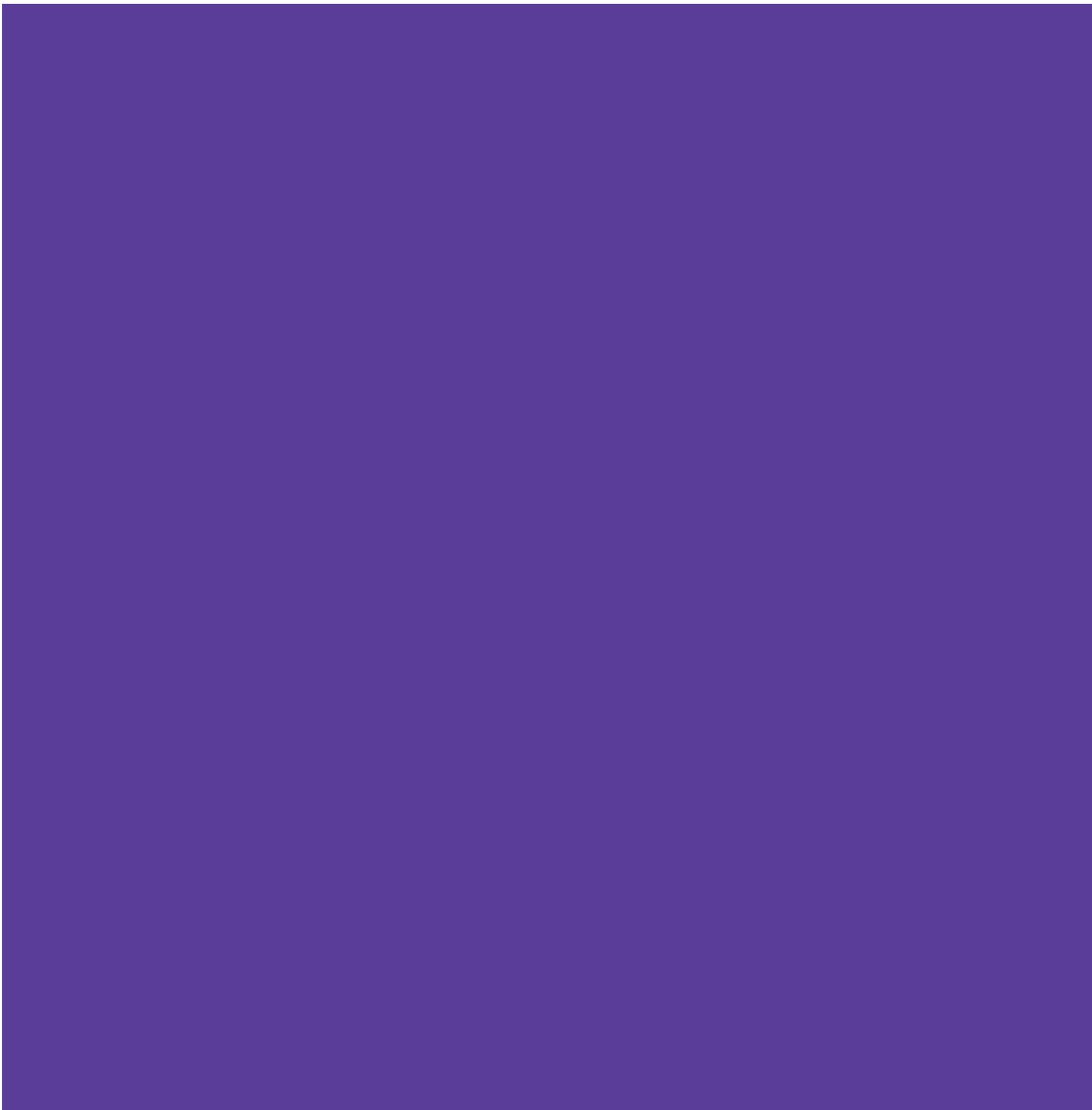
Director de Editorial Universitaria

Porfirio Tamez Solís

Director de Bibliotecas

En Cavazos, el tiempo se detiene y da paso al color. Primero el negro en el blanco. Después el color brota. Los trazos nos excitan. Los semblantes y cuerpos surgen lentamente del lienzo e invitan a penetrar al laberinto del color. Alegría, magia. Y penetramos.

Jobe Trinente





LA IMAGINERÍA
CONTEMPORÁNEA
DE ALBERTO CAVAZOS

Martín F. Yriart

TIENE EL PORTE monumental de una estatua, pero no es estatua. lleva peces por atributo como una nereida griega, pero no es nereida. Parece recién salida del agua, pero sale de unos botes de pintura. ¿Cuál es la respuesta a esta adivinanza? *Mujer con peces en la cabeza*, una de las telas de Alberto Cavazos.

Lo esencial de una imaginería consiste en tomar seres y objetos del mundo real -personas, animales, ríos, bosques- y dotarlos de propiedades sobrenaturales: las personas son dioses que se transportan por las nubes; los animales son gorgonas o grifos, que combinan cabezas, alas o garras de leones; los ríos hablan y adquieren figura humana y los bosques adivinan el futuro.

Así es, *mutatis mutandis*, el mundo de Alberto Cavazos que asombra por sus cuadros, donde no es inesperado ver un minotauro de ecos cubistas. Figuras de objetos ordinarios que parecen dotadas de un significado interior, como una magia contagiosa.

Pero estas figuras de Cavazos no existen sólo en tela, pueden ser de acero o de hormigón, estar dibujadas sobre papel o teñidas con acuarela, aparecer impresas sobre platos, jarros de

café y sobre cualquier soporte o material que se preste (esta ubicuidad tal vez tenga una explicación al final de este texto).

Cavazos no se cansa de multiplicar su catálogo de figuras, que además incluyen frutas, aves, serpientes, caimanes, gatos, caballos o toros. “No termino de pintar un cuadro y ya estoy pensando en el siguiente. No me gusta detenerme en una obra; me gusta dar rápido la última pincelada, para poder dar la primera del próximo cuadro.”

Quienes no saben ver la creación artística hablan de repetición. Quienes se detienen a mirar la obra, no los cuadros como cuentas sueltas de un collar desenhebrado, ven esa continuidad, ese fluir de las imágenes de que habla Cavazos; ese saltar de las imágenes de un cuadro a otro, de un medio al siguiente (más para recordar, hacia el final de esta lectura).

Pero lo que sucede con Cavazos es que no trabaja con imágenes sino con símbolos; y éstos necesitan depurarse en el tiempo, cambiar siempre para mostrar lo esencial de sí mismos. Como si las imágenes fueran caracteres algebraicos o fórmulas químicas, por dar un ejemplo atrevido.

“El día que pinte mi último cuadro, el cuadro perfecto, creo que moriré”, dice Cavazos abriendo los brazos y echándose hacia atrás como si fuera a caer en un abismo repentinamente abierto a sus espaldas. Mientras trabaja, por la mente de Cavazos pasan cuadros futuros y símbolos permanentes.

“La paloma -dice- es la libertad; volar por el cielo ilimitado, hacia cualquier parte, hacia el infinito.” Y mientras lo dice, Cavazos se transforma en paloma y parece volar.

A diferencia de otros artistas que pueden pintar en medio de la tertulia, beber una taza de café o sostener una chuleta de cerdo en una mano mientras pinta con la otra, Cavazos se zambulle en su interior cuando coge un pincel o una fibra o un punzón de grabador, y pareciera que el mundo que lo rodea deja de existir.

Pero a los pocos minutos reaparece del fondo de su zambullida, y con una sonrisa refulgente, muestra lo que acaba de producir. No es que no conozca momentos de euforia, de gusto epicúreo y apetito rabelesiano. Pero parece no mezclarlos con los momentos de creación, concentrados, incluso ascéticos.

A mediados de octubre de 2008, Cavazos trabaja en un taller de un semisótano, donde se acumulan recostados contra la pared sus grandes lienzos al acrílico, mezclados con los de sus colegas de la Galería “Tizas”, de Madrid.

En el estrecho pasillo de entrada, atiborrado de cuadros en el piso, hay una pequeña prensa de grabador, con una rueda que resalta, y recuerda a la del potro de la Inquisición. (Los papeles que estruja la prensa seguramente estarían de acuerdo con esta comparación).

Un joven colega mira a Cavazos trabajar. Se trata en realidad de una demostración: cómo producir un grabado en el propio taller sin tener que recurrir a un grabador profesional, un intermediario entre la imaginación creadora y sus destinatarios. Al nombrar a este artesano, Cavazos hace un gesto de fastidio. “¿Un grabador? No. Mejor, lo hacemos nosotros. Mira.”

En su mano hay un rectángulo de metacrilato transparente, de unos diez centímetros de ancho, por unos treinta o más de largo, y tres o cuatro milímetros de espesor. Sobre la mesa hay una pila de dibujos en tinta china, algunos parcialmente coloreados con acuarela, de la misma medida que el plástico.

“Se desesperarán algunos preguntándose por qué ese formato. Harán todo tipo de teorías. Lo que sucede es que esas tiras de papel que usa Cavazos son recortes sobrantes de los grabados que ha estado imprimiendo en la prensa. Ha cogido lo que tenía a mano para dibujar, y le ha gustado”, comenta en un aparte el joven artista y ávido discípulo.

Cavazos toma el primer dibujo de la pila. Se ven unos caimanes que saltan enérgicos pero risueños en el agua, rodeados de peces.

“El caimán es un símbolo de la virilidad -dice Cavazos, con un guiño- se acoplan violentamente, una y otra vez, y cuando ya no da más, el macho pega un enorme salto en el aire y cae exhausto de espaldas en el agua y se hunde”. Y hace un gesto con los brazos que ahora, de paloma volando, lo convierte en caimán exhausto.

Pero en el mismo instante el rectángulo traslúcido se apoya sobre el dibujo a tinta de los saurios.

“Tu coges un pincel y calcas el dibujo sobre la placa. Pero si lo calcas del lado en que lo vas a grabar, el grabado te va a salir al revés”, explica Cavazos con un guiño y un brillo de niño travieso en la mirada.

“Entonces haces al revés. Copias el dibujo con tinta de un lado. Luego lo das vuelta y lo grabas del otro”, agrega. Como quien revela una picardía, dando vuelta la pieza de metacrilato, la hace girar con dedos de prestidigitador. Coge un punzón de grabar, y muestra cómo se hacen las incisiones en la superficie lisa de plástico, para trasladar los trozos de tinta negra al material traslúcido que servirá para grabar sobre papel en la prensa.

“No se pueden hacer muchas pasadas. Una docena. Quince. Después ya el plástico no sirve. Pero nosotros no queremos hacer tiradas grandes. Queremos originales seriados, dice Cavazos con la mirada convincente de un maestro que piensa en la obra y en la bolsa al mismo tiempo”.

“Este punzón se consigue en cualquier tienda de arte. Pero se puede usar una aguja de coser gruesa, de coser colchones, con un portaminas”, dice en confianza el maestro a su colega más joven. Un artista es un artesano que no repítelo que enseñan a otro sino que inventa su técnica, sus herramientas, sus materiales, de la misma manera en que inventa sus imágenes, su estética.

Más temprano, alguien ha hecho una pregunta.

“¿Siempre has pintado manzanas, peces, mujeres como náyades en el agua?”, dice un vecino de mesa que habla poco pero escucha atento.

“Sí, toda la vida”, responde Cavazos.

“¿Y las pintas por sí mismas o acaso simbolizan algo?”, continúa preguntando el vecino de mesa.

“¡Son símbolos, son símbolos!”, con otra sonrisa de dientes que parecen dibujados por él mismo en una de sus láminas.

“¿Los peces? ¿Por qué están sobre la cabeza de la mujer, como un sombrero?”, vuelve la pregunta.

“Los peces son símbolos fálicos. El miembro viril. La mujer tiene siempre al hombre metido en su cabeza”, viene como veloz rebote la respuesta, acotada con otra sonrisa.

“¿Y la manzana?”

“¡La manzana es la mujer! ¡Mira!” Cavazos estira la mano y coge de una frutera de paja una manzana roji-amarilla. Toma un cuchillo como si fuera pincel y parte la manzana verticalmente por la mitad.

“¿Ves? En el medio hay una mujer”, afirma como quien está enseñando lo obvio a un discípulo lerdo. En ese momento se puede pensar que Cavazos se identifica, tal vez sin saberlo, con la Germaine, aquella querible prostituta parisina de Trópico de Cáncer; la novela erótica y rompedora de Henry Miller, que los censores intentaron inútilmente mantener fuera del alcance de las manos del público británico y estadounidense.

Hay manzanas por todas partes en los cuadros de Cavazos, rojas, verdes, amarillas, negras a contraluz. Pero también animales: toros y caballos (y toreros y picadores, que no deben sorprender en un artista mexicano).

“¿Y el toro? ¿El minotauro? ¿El caballo?”, pregunta el impertinente taciturno.

“Mi padre era carnicero. Pero ser carnicero era además ser matarife. En San Nicolás de los Garza, los animales se mataban y faenaban cerca de la casa. Yo, de niño, lo veía”, explica Cavazos. “Además, en mi casa había pasión por las corridas, los toreros, la fiesta. Yo lo mamé de niño y tal vez por eso me encuentro tan a gusto en España, donde paso la mitad del año trabajando”, agrega con una mirada que parece hundirse en el pasado.

“La serpiente es el pecado”, dice ahora Cavazos, con un cambio de máscara en el que la frente se frunce y los ojos miran hacia abajo, todo el rostro ensombrecido.

“Es Adán y Eva. Pero es también la fuerza del abrazo”. Los brazos de Cavazos, que las mangas recogidas de su camisa dejan a la vista, muestran los músculos de un constructor de estatuas monumentales.

Precisamente, sobre la mesa, Cavazos tiene los bocetos de dos maquetas para sendas estatuas monumentales, destinadas a una ciudad de Castilla-La Mancha, famosa por su abrupto y original paisaje urbano, con un río que lo corta como un tajo de cimitarra.

La primera maqueta la conforman unas hojas de cartón gris, de unos veinte centímetros de alto, cortadas como los perfiles que recortan los niños en sus trabajos manuales, con tijeras de punta redonda.

Dos de ellas, dobladas en ángulo y enfrentadas por el vértice, pero sin tocarse, con una pequeña luz entre ambas, representan, cada una, los perfiles del rostro de una mujer -“la” mujer de Cavazos, de todos sus cuadros, de todas sus esculturas- que en otro momento del día él no

ha dudado con identificar con una persona muy próxima a él, cuya identidad no tiene importancia develar aquí (mejor conservar, por ahora, un misterio entre tantas revelaciones; dejárselo decir a él mismo, llegado el momento).

“¿Ves tú? -pregunta- ¡De cualquier punto de donde mires estarás viendo siempre dos caras a la vez!” El truco y la sorpresa de sus espectadores parecen deleitarlo; él mismo se asombra con ellos como quien participa en un juego de ingenio y resulta ganador.

“Las dos miradas no van unidas. Hay una luz entre ellas. Yo me imagino en el medio un gran surtidor de agua que asciende hacia el cielo, y luces todo alrededor”, confía Cavazos.

La otra maqueta representa una paloma en vuelo o lanzándose a volar. Para quien conozca la obra de Cavazos, no será novedad que, para el artista, “una escultura” son varias esculturas que se combinan en un espacio que ellas mismas definen. Es el caso reciente de Yoamérica, el grupo escultórico de cinco piezas monumentales de hierro que poseen en sociedad las dos ciudades hermanas, Monterrey (México) y Barcelona (España). Una copia (o dos originales gemelos) a cada lado del Atlántico.

La paloma está recortada en (nótese en, no de) una hoja de cartón, gris como el material de cada mitad de la mujer cuadrifronte, y de altura parecida. Pero el ave en vuelo no está totalmente separada del rectángulo de cartón, de donde parece estar elevándose permanentemente.

Ha quedado unida por una casi invisible bisagra de cartón, que el filo del cutter ha dejado intacta. En esa bisagra se articula la paloma de manera tal que forma un ángulo, dos pla-

nos apenas conectados en un punto, que en su articulación refuerzan la idea del aletear del ave. Dos planos, que al mismo tiempo forman un ángulo o cuña, que otorga estabilidad a la estructura escultórica, brindándole tres puntos de apoyo.

Cabe pensar hasta qué punto estas esculturas son tales, o en realidad se trata de dibujos llevados del papel a gruesas hojas de hierro, las que, una vez construidas en metal esmaltado pesarán toneladas.

Después de la comida, Cavazos explica a un visitante lo que tiene a la vista en la náyade con peces como sombrero en la cabeza.

“Los planos de color son acrílico. Debajo hay un dibujo, que al pintar por encima desaparece, salvo en algunos lugares”, dice mostrando una figura que parece transparentarse en la tela, a la derecha de la erguida náyade del centro, casi escultórica en su solidez.

“Lo primero es cubrir los planos con un color liviano, como una aguada”, explica Cavazos, con una visible intención docente (¿o del artesano que ensalza la calidad de su trabajo?). “Luego aplico los colores sólidos”, lo que es muy fácil de ver en esta nereida cubierta de rojos resplandecientes (“el rojo es la fuerza, es la vida”, esto dicho antes con un énfasis casi genital, erótico).

“Finalmente vuelvo a dibujar con negro las figuras. Separo nítidamente los planos de color”. El lienzo de Cavazos es “limpio”: no hay nada en él que sobre; expresa lo que quiere decir con los mínimos elementos aunque en tamaño y pose monumental, que enfatizan el concepto visual buscado.

Las líneas negras dividen los planos de color como en la plantilla de un arquitecto o de un diseñador de automóviles: todo elegancia, todo fuerza, parece que la ninfa, náyade, oceánida, sirena, estuviera a punto de ascender del plano del lienzo hacia un espacio más arriba, sin perder su compostura monumental, de diosa arcaica, arraigada en la tierra mítica.

“¿De dónde proviene esta estética? ¿Cómo ha nacido?”, pregunta el visitante que habla poco. Los ojos de Cavazos se iluminan; la sonrisa hace que las comisuras de los labios parezcan clavarse en las mejillas.

“Mi madre era pintora ingenua, espontánea. No había estudiado, pero cubría con dibujos todo lo que había en la casa: el refrigerador, los cubos de basura, las puertas de los armarios, el mantel de hule. Dibujaba sin parar. Ella me incitó a dibujar. Me hacía dibujos, de pequeño”.

Cavazos se enciende recordando su infancia en Nuevo León, en aquella población cercana a Monterrey, en la que nació en 1939, y donde su padre era carnicero.

“¿Qué dibujaba su madre?”

“Siempre me dibujaba lo mismo: una cabaña, junto a un árbol, en una colina, y el sol asomando atrás, entre nubes y montañas”, recuerda.

“¿Y cómo eran esos dibujos? ¿Los recuerda? ¿Los podría reconstruir?”, insiste un visitante, importuno.

Cavazos calla, baja la vista, como buscando algo en medio de la mesa atestada de pinturas, papeles, pinceles. Cambia la conversación. Se dirige a otro visitante, como para distraer la atención del importuno, pero vuelve al ataque.

De pronto Cavazos parece despertar de una parálisis. Una mano saca de la nada una hoja de canson blanco, impoluta; una fibra negra. La cabeza parece hundirse en la hoja blanca; las manos se mueven con velocidad vertiginosa, los hombros, la espalda, la nuca, ocultan la hoja de papel, como para proteger el secreto mágico del acto de creación.

La mano suelta la fibra negra que rueda sobre la mesa de trabajo. Sucesivamente coge otras de color rojo, azul, amarillo, verde. La mano se detiene. La cabeza se levanta. Los ojos, sin embargo, están concentrados en una mirada interior.

Entonces, la cabeza se yergue de nuevo, ahora con una sonrisa triunfante. La mano toma la hoja la extiende a su importuno visitante.

Allí están la pequeña casa de techo amarillo (el plano de color sólido es obviamente paja de maíz de la cosecha pasada); el árbol rojo (que puede ser un manzano de frutos maduros); el sol rutilante (que hace arder al cielo y a la tierra por igual); las blancas nubes (apenas dibujadas por redondeados trazos negros, blanco sobre blanco); y en el fondo un cielo denso, azul y una montaña que apenas se entrevén en la bruma de lejano horizonte

Al pie una dedicatoria y una firma:

“AX. / de Julia / y Alberto. // Cavazos (rúbrica) // Madrid, 9-5-08”.

“X”. Es obviamente e taciturno importuno persistente. “Alberto” es Alberto Cavazos. ¿Y Julia?

No hace falta mucha imaginación para comprender que es un ama de casa de Nuevo León que décadas atrás decoraba su cocina con di-

bujos naif, pintaba en cuanto superficie le quedaba al alcance de la mano, regalaba paisajes realizados por su hijo, o instaba a ser artista, y ha dejado en él su impronta bajo la forma de una pasión por el dibujo como fuerza vertebradora de su arte, y una obsesión de llenar de imágenes, (dibujos cuyas líneas encierran colores como las represas del agua de los ríos), el mundo circundante,

En el fondo del estudio-depósito, apoyados en el piso y sosteniéndose en las paredes, asoman dos cuadros de dimensiones destacadas, que a la distancia parecen el mismo.

En el medio de cada uno (parecen dos copias del mismo cuadro) está con habitual aplomo escultórico la mujer de siempre, ahora vestida y con algo negro a modo de sombrero (visto desde lejos) que esta vez quizá no sea un par de peces, sino el pelo anudado en un rodete, o alguna especie de montera de torero. Está muy lejos para decidirse.

El tercio superior de las obras tiene variaciones. La mujer de la izquierda tiene en la falda un gato negro, parado en puntas de pie y con la cola erguida. La mujer de la derecha, en cambio, tiene ahí mismo una bandeja con frutas amarillas que parecen limones. Ante la pregunta obvia, y hacia el final del día, la respuesta de Cavazos es un goce.

“Sí. Eso es lo que quiero. Agregar siempre un elemento de cambio. Algo que haga diferente a una figura de la otra, pero que al mismo tiempo siga siendo la misma”.

Cavazos hace pensar en un Juan Sebastián Bach, que a lo largo de su larga vida pareciera que hubiera tejido un interminable pentagra-

ma único, donde las notas se van repitiendo, siempre la mismas, pero en infinitas variaciones, que a veces requieren el oído experto de un académico -o la paciencia de un santo o de un filatelista- para reconocerlas.

Al curioso lo atraen esas variaciones, en parte discretas, en parte sorprendentes, de una obra a otra: el gato negro crispado con la cola erecta, que también pueden ser cuatro o cinco limones amarillos sobre una bandeja de cobre. Intercambiables pero diferentes.

Que quienes deseen verla en ese recinto cerrado, deben (y pueden) tomar allí en privado cada pieza con las manos, no importa su tamaño, y lograrán apropiarse por un momento de esas imágenes en perpetuo movimiento, de una obra a otra, y del flujo de las obras, como una imaginería contemporánea, semejante a los santos y los reyes, los legionarios romanos de los muros de las catedrales.

Es como si allí pudiera haber una relación táctil entre ellas y quien las contempla; algo imposible cuando están enmarcadas y colgadas en una pared, sea de un museo, un edificio público o una casa particular.

Para el visitante de ese semisótano-taller, ese fluir de imágenes en los ojos de su imaginación, ese movimiento continuo de figuras, trazos y colores, de nereidas (o náyades, o ninfas y oceánidas), manzanas, caimanes, palomas, serpientes, gallos, caballos, toros, la procesión no parece terminar nunca, se desliza en una continuidad infinita.

Tal es la verdadera creación profunda de Alberto Cavazos: él mismo, como en un autorretrato, un espejo, en el que no se viera al artista, sino las ideas que fluyen continuamente en su imaginación, encarnadas en símbolos visuales que en lugar de dibujos abstractos sin rostros, aves, manos, peces, hombros redondeados, frutas.

OBRA



Alfonsina ,acrílico/papel, 78 x 105 cm.



Damas , acrílico/papel, 78x105 cm.



La música, acrílico/papel, 78x105 cm.



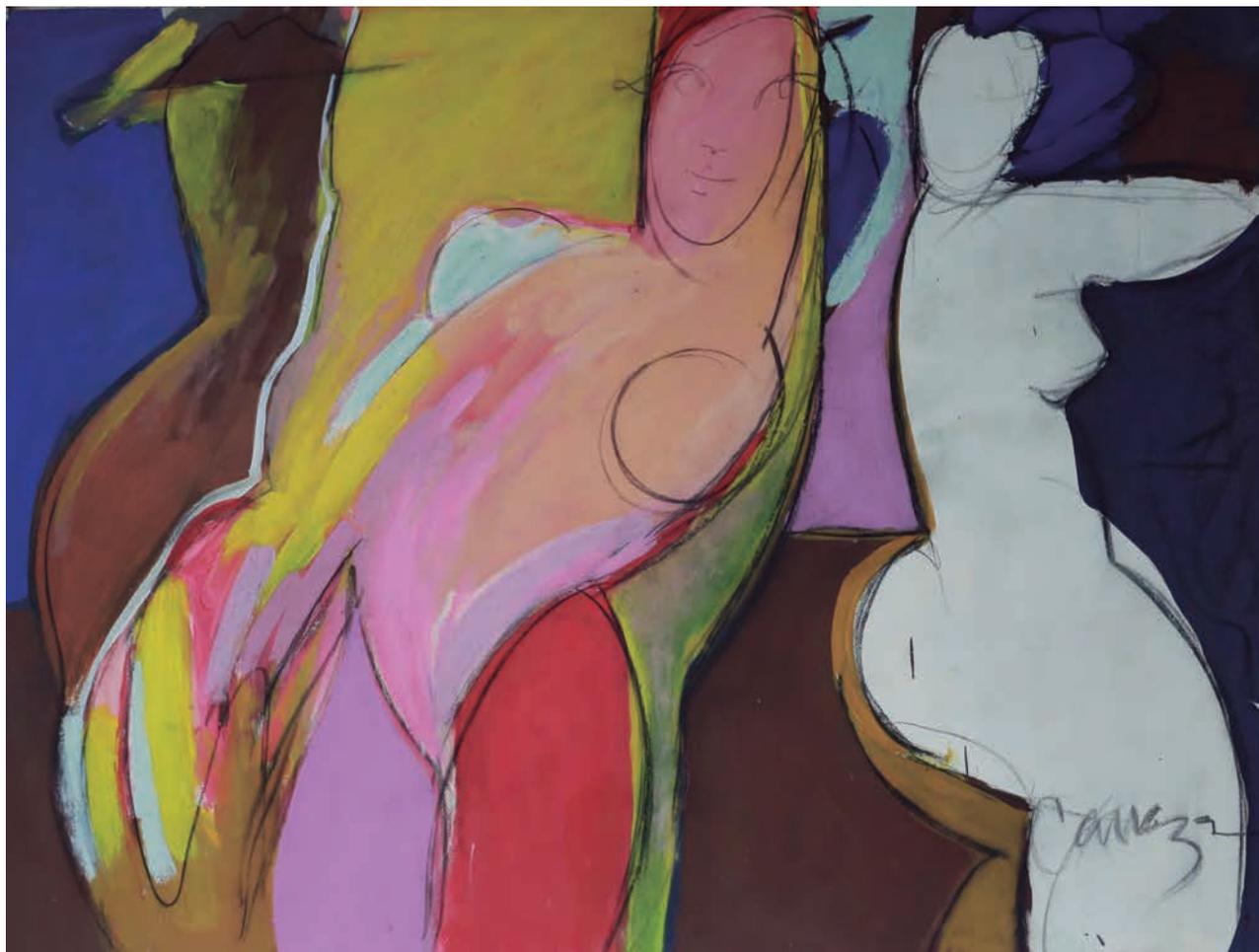
Selva, acrílico/papel, 78x105 cm.



Musa, acrílico/papel, 100x70 cm.



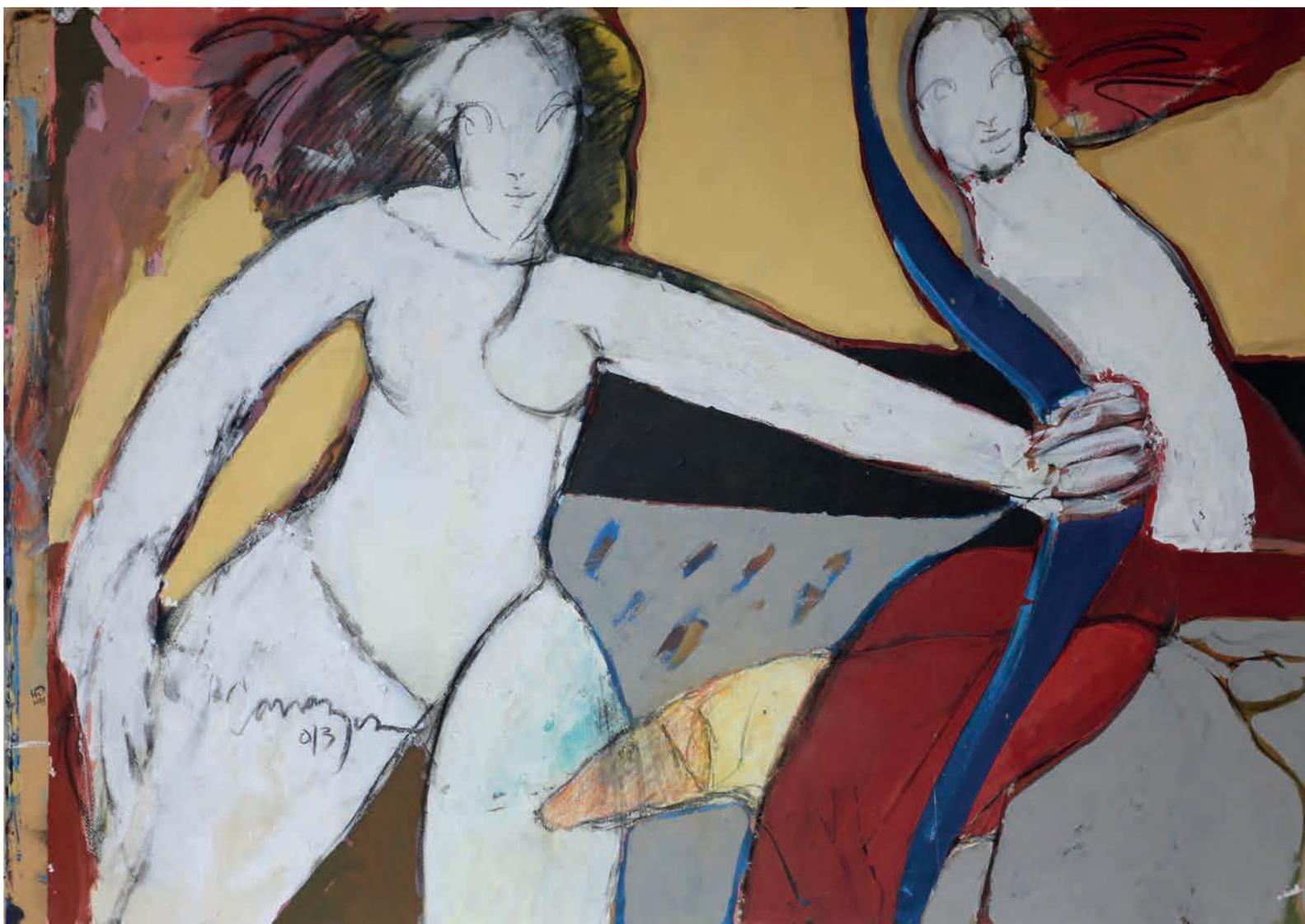
Perritos, acrílico/papel 105x70 cm.



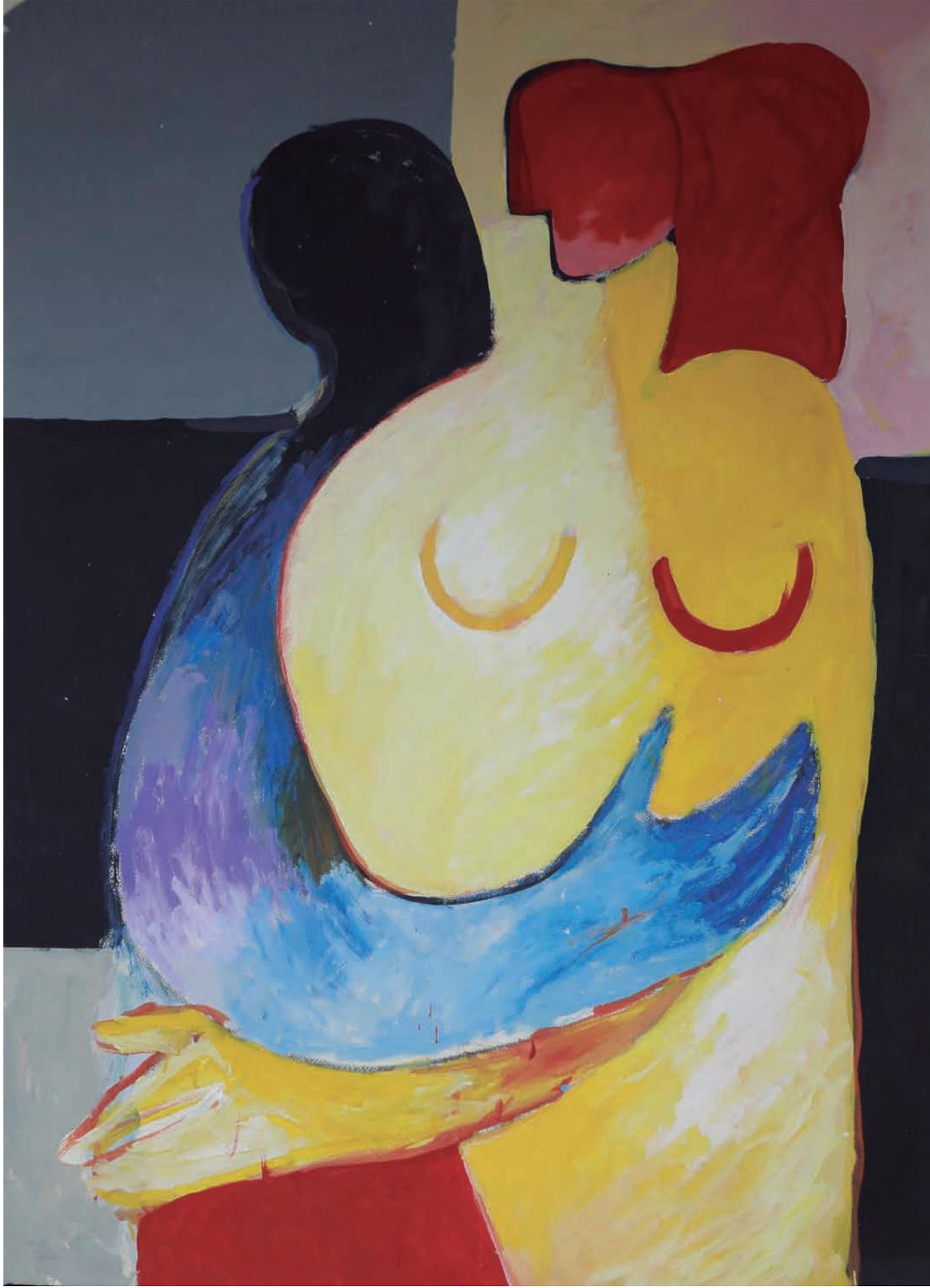
Formas de color, acrílico/papel, 78x106 cm.



Odalisca, acrílico/papel, 78x106 cm.



Diana la cazadora. acrílico/papel, 78x106 cm.



Musa 6 . acrílico/papel, 106x78.5 cm.



Personaje, acrílico/papel, 76x105 cm.



Eva, acrílico/papel, 78x106 cm.



Personaje #2, acrílico/papel, 78x106 cm.



Hombres con máscaras, acrílico/papel, 78x106 cm.



Lagartijos, acrílico/papel, 78x106 cm.



Gato azul, acrílico/papel, 78x106 cm.

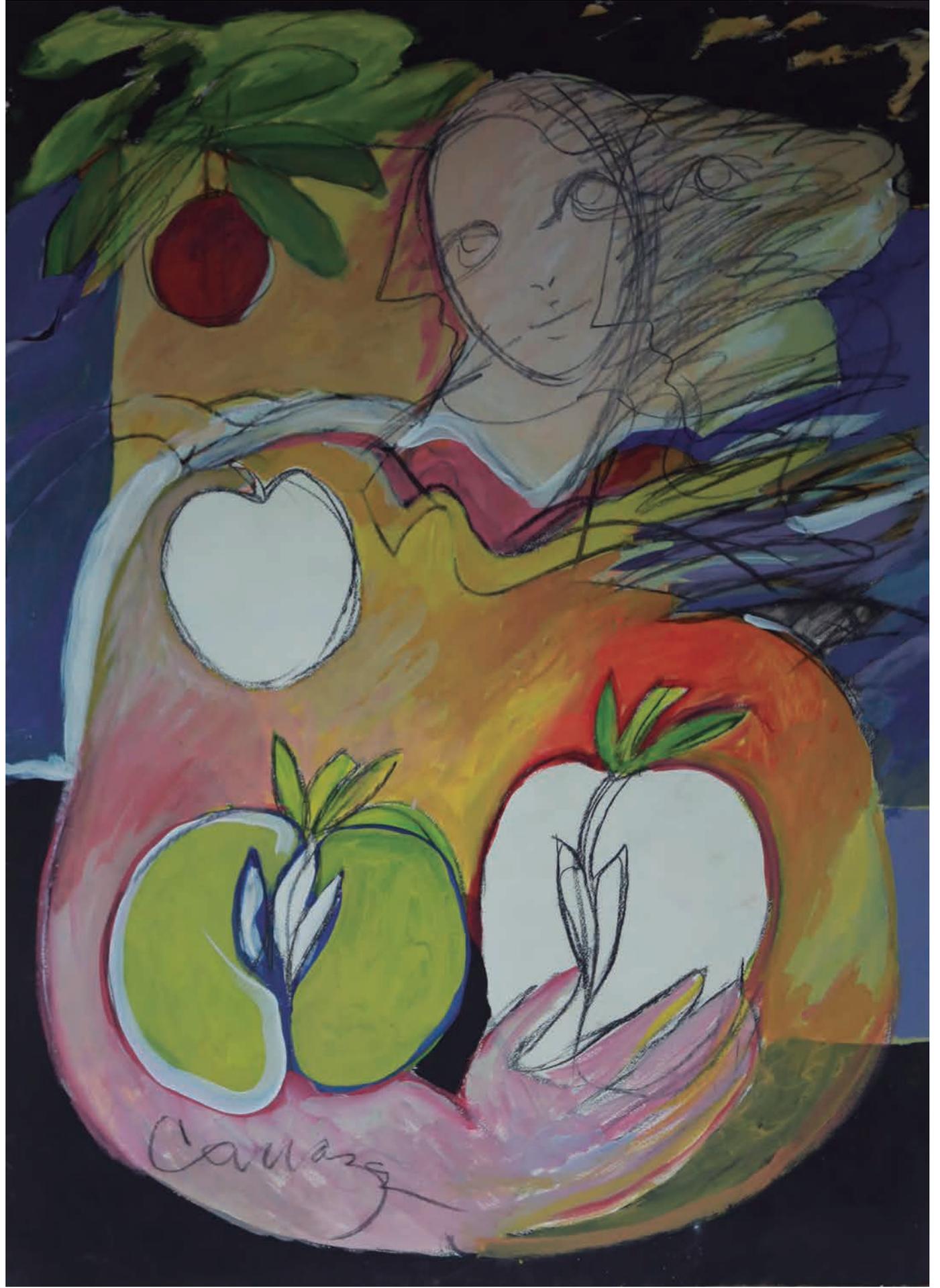


Cinco musas, acrílico/papel, 106x78 cm.

Dama amarilla , acrílico/papel, 106x78 cm.

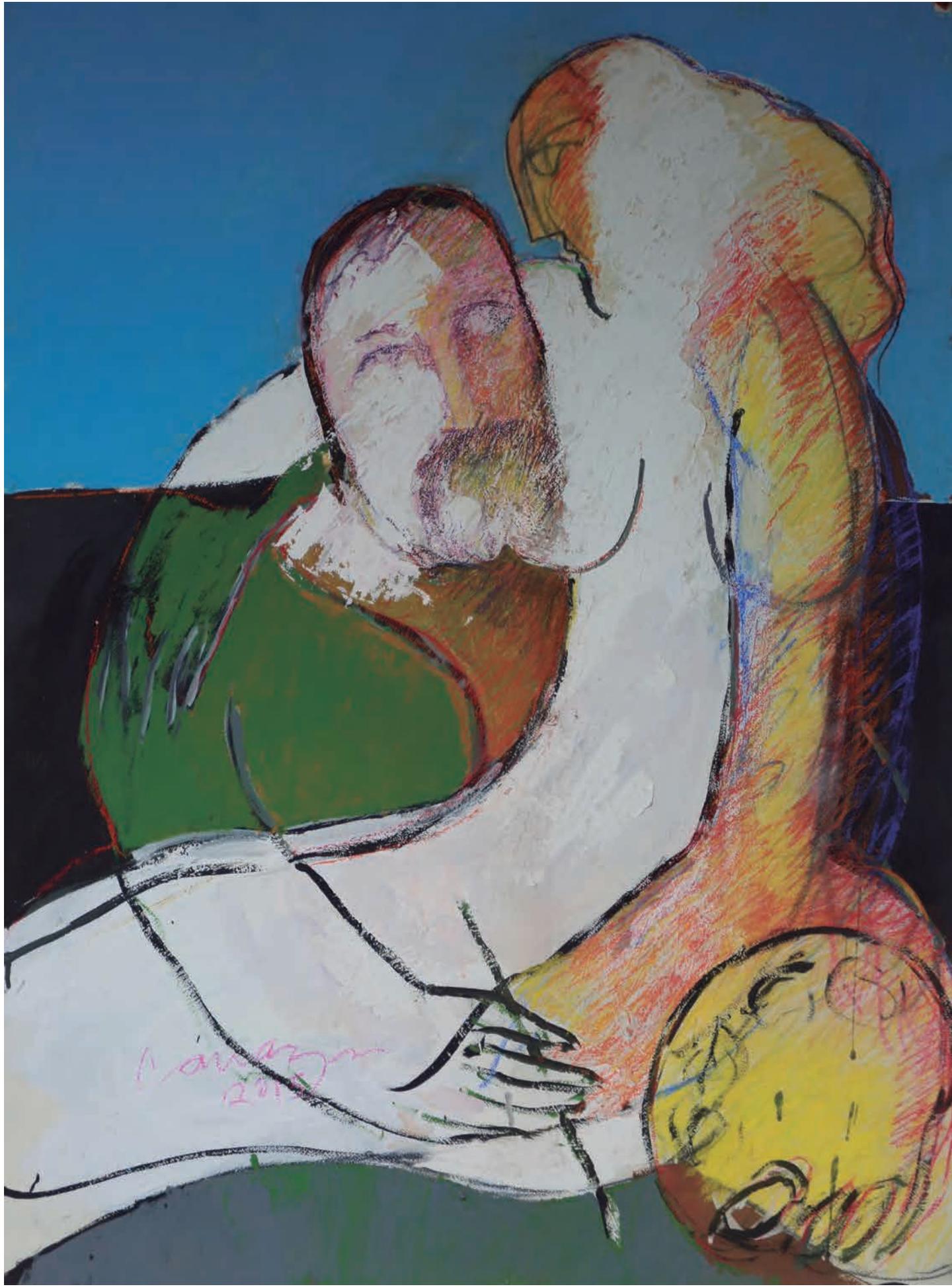


Eva en el paraíso, acrílico/papel, 106x78 cm.



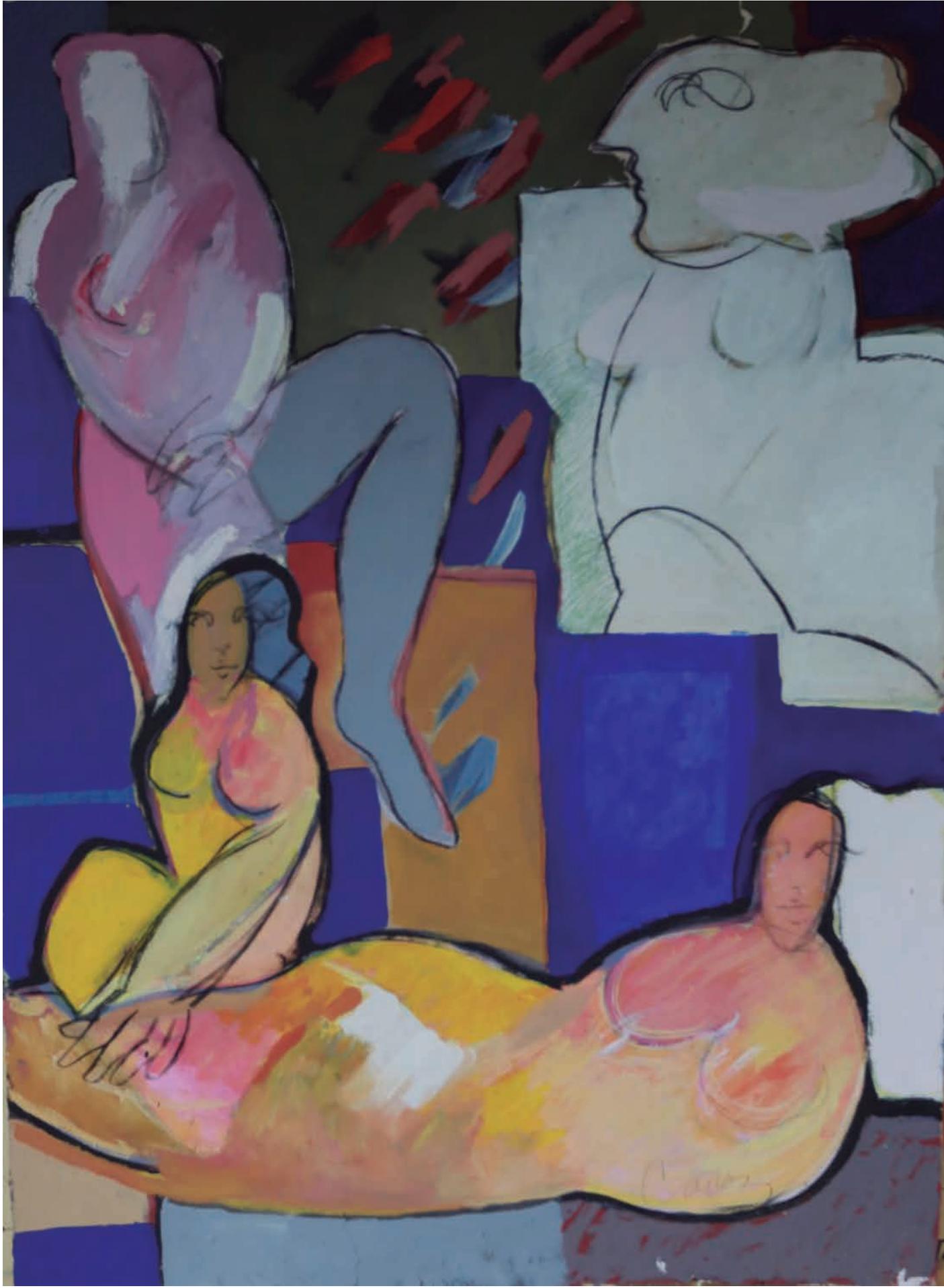


El circo, acrílico/papel, 78.5x106 cm.



Autorretrato.acrílico/papel. 106x78 cm.

Dama en reposo, acrílico/papel, 106x78.5 cm.





Danza , acrílico/papel, 106x78.5 cm.



Cocodrilos, acrílico/papel, 78.5x106 cm.



Sin título, acrílico/papel, 71.5x71.5 cm.



Espuma ,acrílico/papel, 26x26 cm.



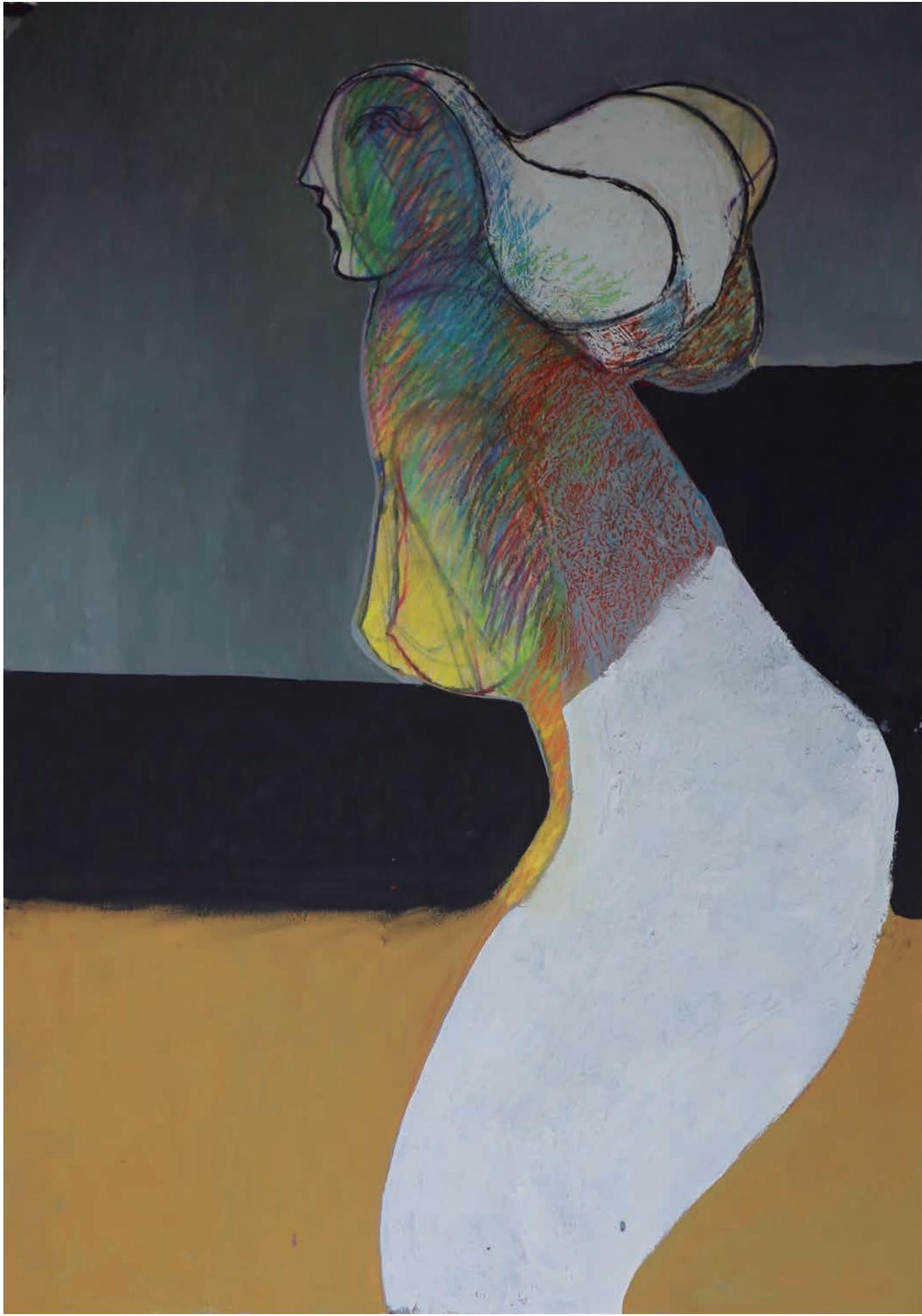
Marchan, acrílico/papel, 26x26 cm.



Pescado rojo, acrílico/papel, 100x70 cm.



Espuma #2 , acrílico/papel, 27x27 cm.



Sirena. acrílico/papel, 100x70 cm.

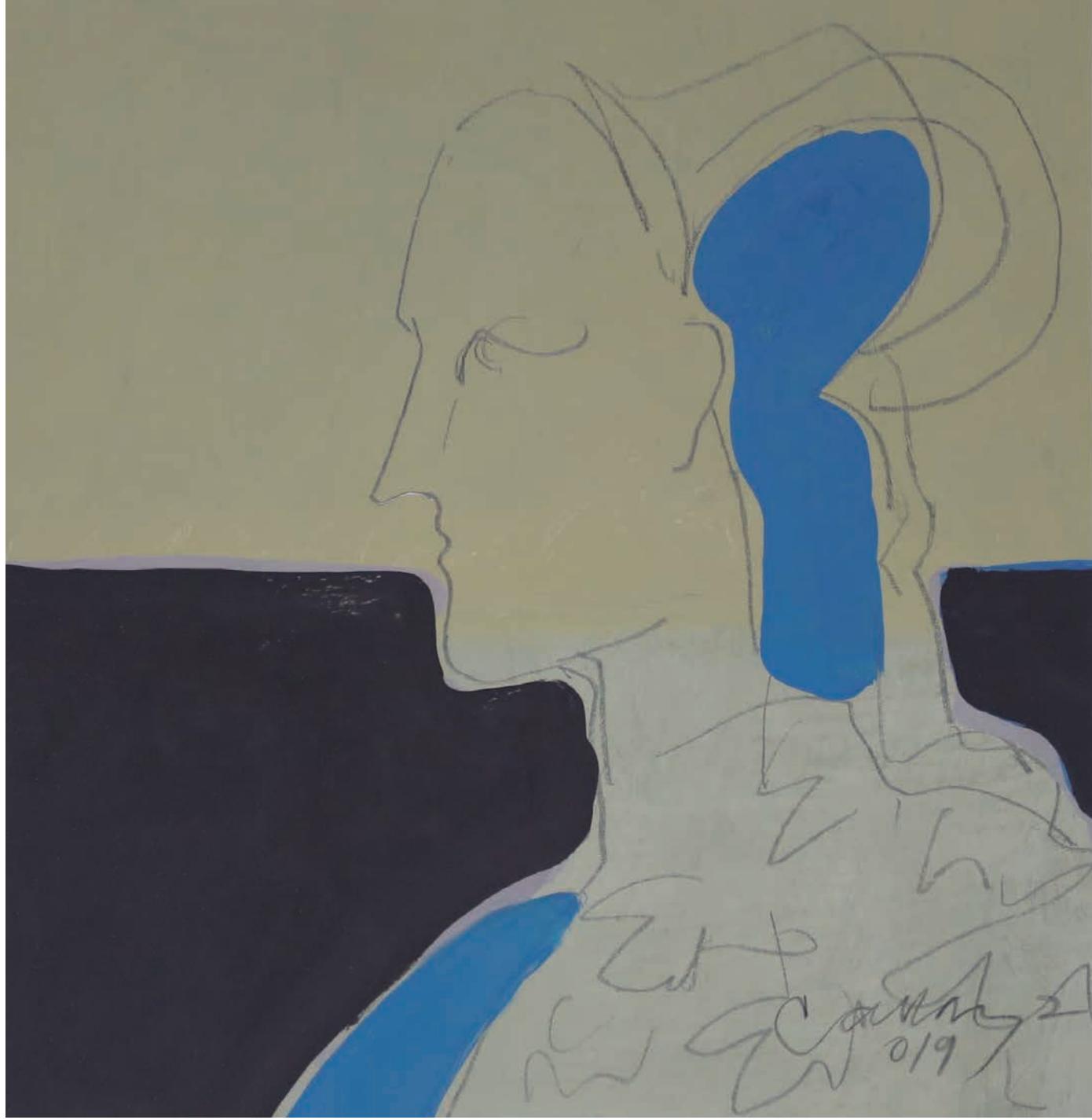
Mujer, acrílico/papel, 26x26 cm.





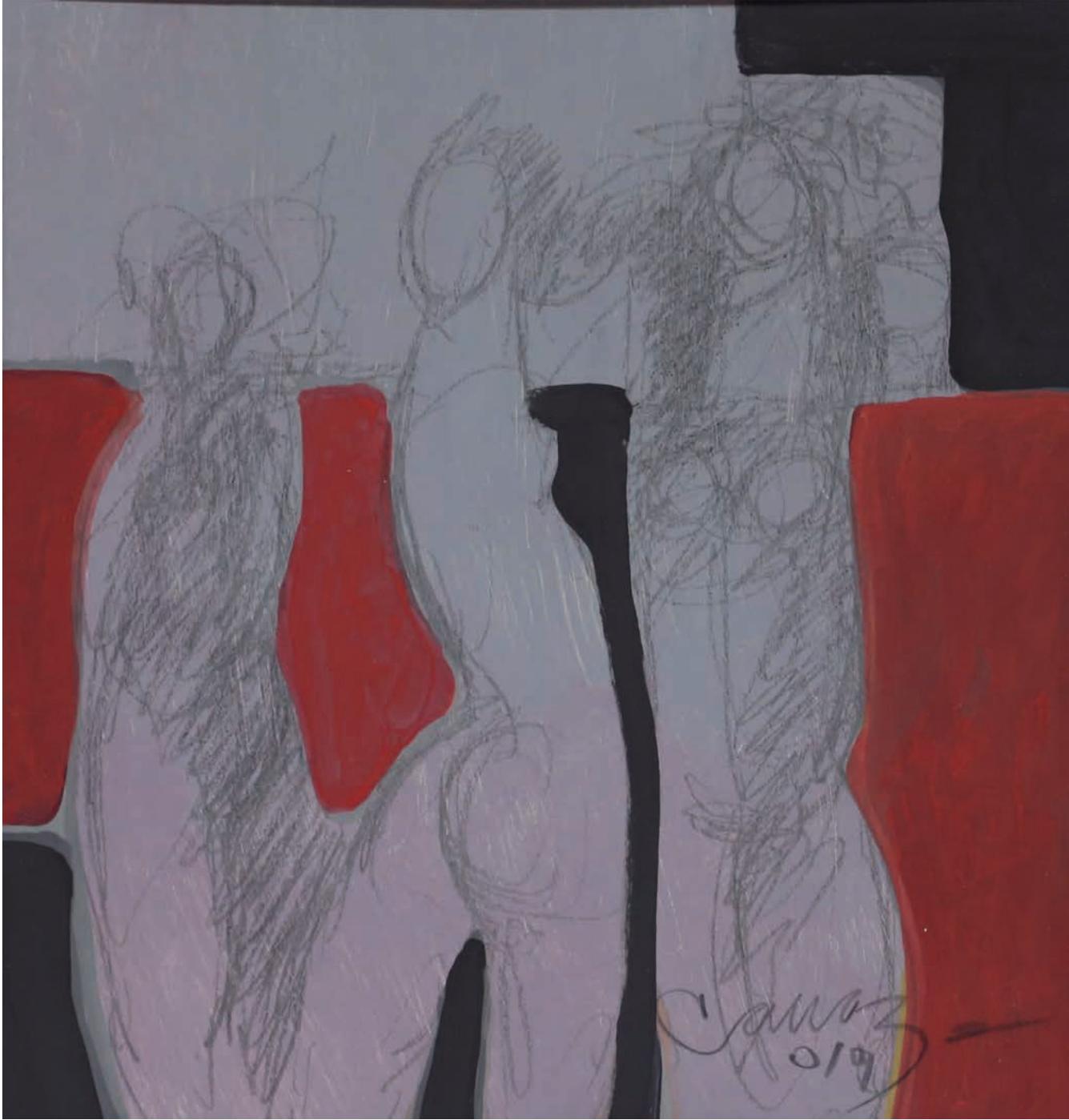
Autorretrato acrílico/papel, 78.5x106 cm.

Figura, acrílico/papel, 26x26 cm.



Sin título, acrílico/papel, 106x78.5 cm.





Las tres, acrílico/papel, 26x26 cm.

Sin título, acrílico/papel, 71.5x71.5 cm.



Puerta, acrílico/papel, 31.5x31.5 cm.





Marruecos, acrílico/papel, 71.5x71.5 cm.



Sin título, acrílico/papel, 106x79cm.



Olé, torero, acrílico/papel, 106x78.5cm.

Sin título, acrílico/papel, 36x36cm.





Marruecos, acrílico/papel, 57x60 cm.



Marcha , acrílico/papel, 41x39 cm.

Picadores, acrílico/papel, 36x35.5 cm.



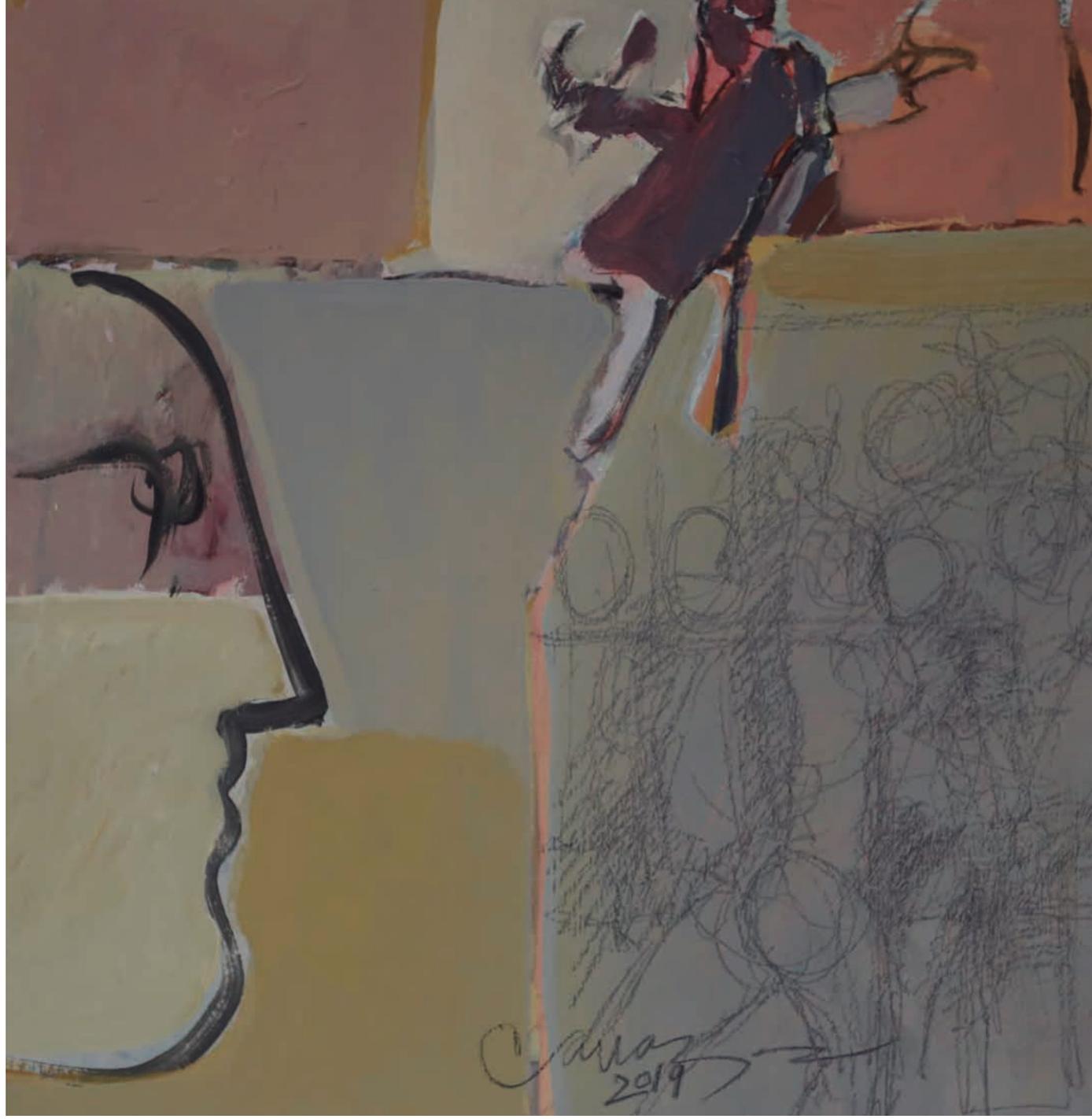
Sin título, acrílico/papel, 35.5x35 cm.





Sin título, acrílico/papel, 34.5x35 cm.

Perfil, acrílico/papel, 30.5x31.5 cm.





Sin título, acrílico/papel, 31x31 cm.



Marathón, acrílico/papel, 31x31.5 cm.



Frutas, dibujo y acuarela, 21x30 cm.



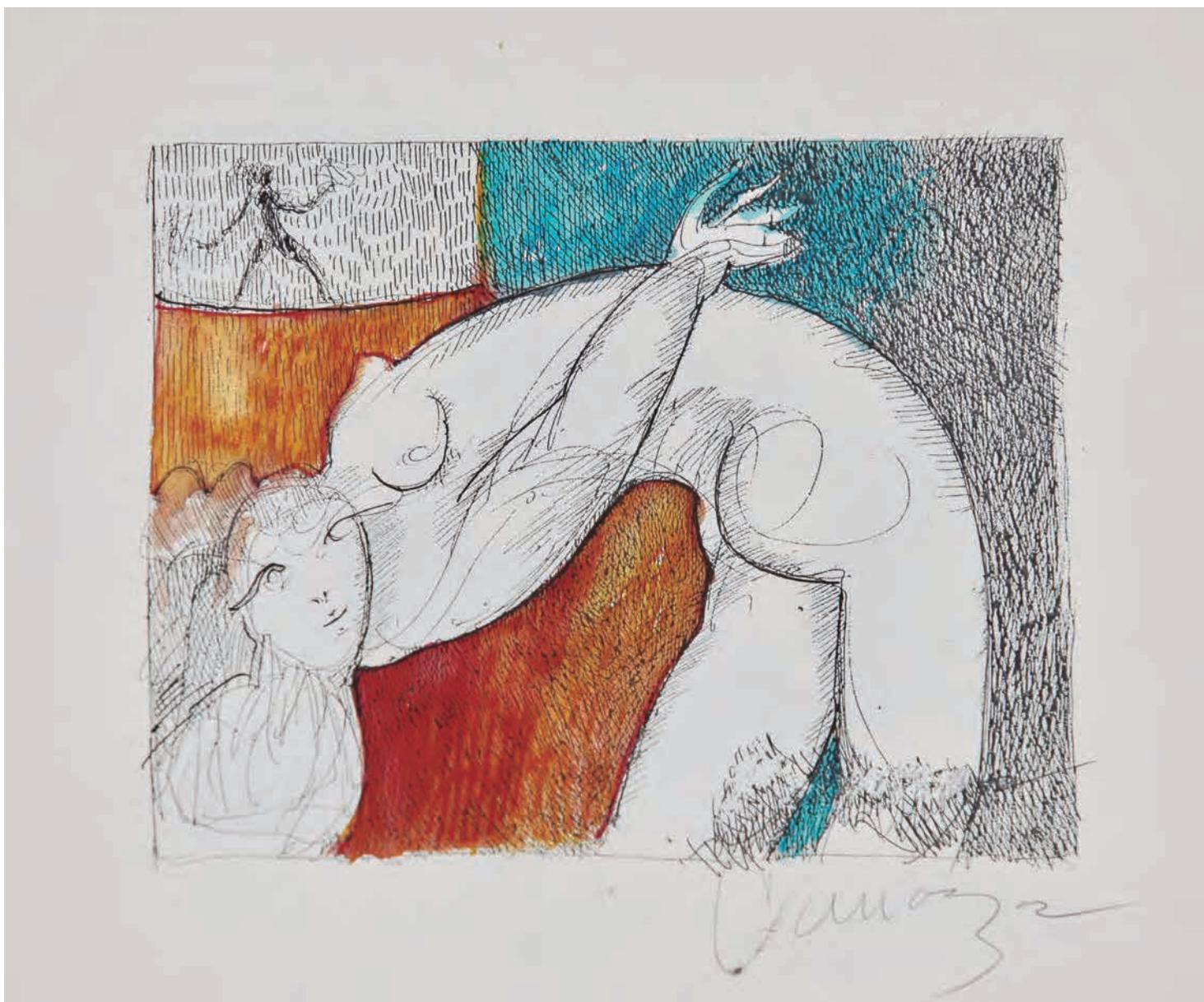
Paraíso , dibujo y acuarela, 21x30 cm.



La noche, dibujo y acuarela, 21x31 cm.



Sin título, dibujo y acuarela, 21.5x30 cm.



Sin título, dibujo y acuarela, 21.5x30 cm.



Sin título, dibujo y acuarela, 21x30 cm.



Paraíso . dibujo y acuarela, 21x30 cm.



Eva, dibujo y acuarela, 21x30 cm.



La otra Eva, dibujo y acuarela, 21x30 cm.



Sin título, dibujo y acuarela, 21x30 cm.



El pastor de cabras dibujo y acuarela, 21x30 cm.



Sin título, dibujo y acuarela, 21x30 cm.



Sin título, dibujo y acuarela, 21x30 cm.



Sin título, dibujo y acuarela, 21x30 cm.



Sin título, dibujo y acuarela, 21x30 cm.

Sin título, dibujo y acuarela, 21x30 cm.





Sin título, dibujo y acuarela, 21x30 cm.

CONTENIDO

La imagería contemporánea de Alberto Cavazos / Martín F. Yriart • 7

Obra • 17





Correa 2019